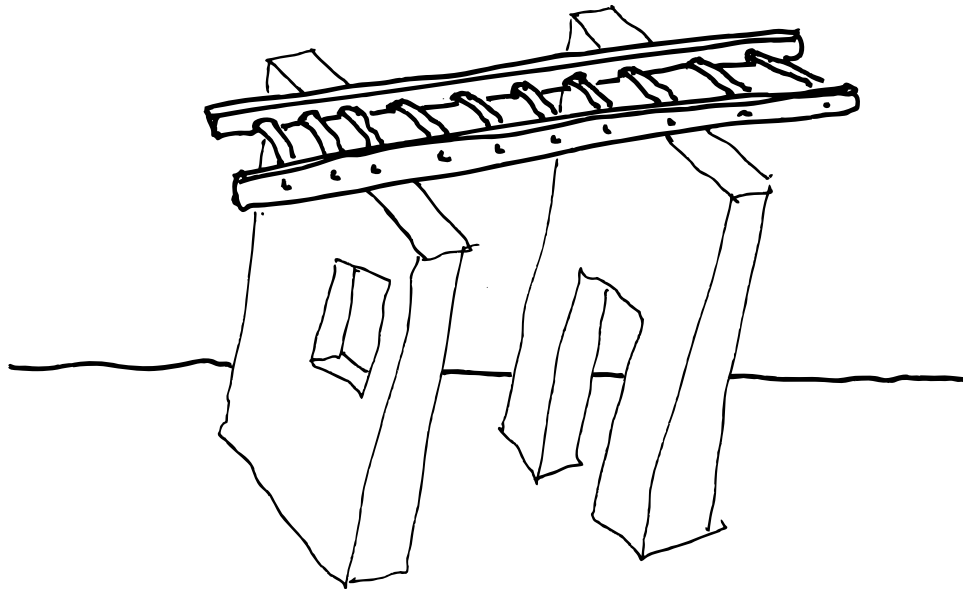


La Fundación Rafael Preciado: *¿hacia un nuevo porvenir posible?*

Luis Eduardo Ibáñez Hernández



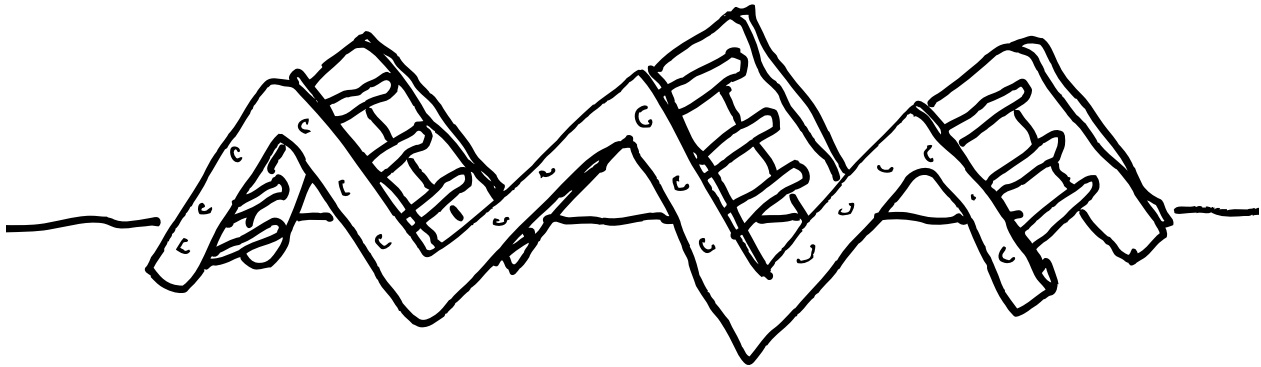
A quince años del restablecimiento del órgano generador de pensamiento político humanista en México, exponemos algunas ideas acerca de su lugar en el escenario académico-político y de su proyección en el mediano plazo, a través de la referencia a su herencia filosófica y a las dificultades científicas y académicas que, para su despliegue, observamos en el momento político actual, es decir la segunda presidencia del poder ejecutivo federal a cargo del Partido Acción Nacional. Inicialmente trataré de resumir el legado recibido por la Fundación Preciado, su tarea de diálogo académico-político inmediata y, finalmente, lo que considero debe ser su meta a mediano plazo, es decir, el legado a entregar a la generación siguiente.

¿Qué legado recibimos?

Primero que todo hay que decir que la Fundación Preciado recibió y conserva la en-

comienda de generar, traducir y difundir la filosofía humanista aplicada a la política mexicana. Existen otros organismos e instituciones, como por ejemplo el IMDOSOC o algunas universidades de inspiración cristiana con propósitos cercanos, pero su diferencia específica radica en el objetivo estrictamente político de sus tareas y objetivos, a diferencia de los fines culturales o meramente académicos de los organismos mencionados.

Por política mexicana me refiero, con Efraín González Morfín, a la gestión del bien común en México en y desde sus diversos ámbitos económicos, sociales, culturales, familiares, empresariales, etcétera. Dicho de otro modo, se enfila a cumplir con la definición amplia de la política que aspira a integrar otros saberes como ciencia arquitectónica bajo principios filosóficos humanistas. No se dedica únicamente a



reflexionar sobre el arte de la clase política ni se reduce a los avatares que experimentan los tres órdenes y niveles del gobierno. Así, su objeto es ambicioso y a la vez limitado.

Por *humanismo político* (ya sea: humanismo trascendente, integral o cristiano) nos referimos a la filosofía política clásica que heredamos de Aristóteles y Santo Tomás y que fue enriquecida más tarde por la neo-escolástica de la escuela de Salamanca, y en los siglos recientes por la enseñanza social cristiana y también por un sinnúmero de pensadores no cristianos, modernos y contemporáneos, que han derivado conceptos compatibles y enriquecedores de la base del corpus que hoy (en los documentos del CEN de 2005-2007) definimos como *personalismo comunitario*.

A continuación buscaré desarrollar algunos elementos que apoyan el objetivo de mi reflexión. Primeramente, el personalismo permite el despliegue permanente de la persona humana, es algo así como un *big bang* constante de las potencialidades de cada ser humano, siempre distintas, únicas e irrepetibles. No obs-

tante, esa explosión de individualidades nunca acabadas se solidarizan entre sí para expresar formas colectivas de convivencia: leyes, cuerpos intermedios, movimientos e instituciones, todas ellas *bienes comunes* que en imitación a la persona se expanden sin cesar, acompañados y en círculos concéntricos desde la familia hasta la cima del Estado.

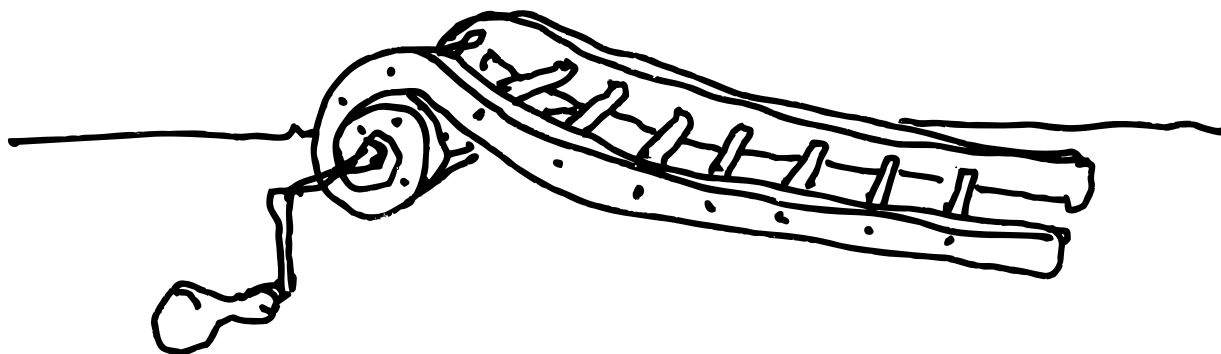
Así, paradójicamente, la persona que es insustituible *per se*, encuentra sus máximas realizaciones en la comunidad. Por ello, de modo en apariencia contradictorio, la identidad inefable de cada ser humano se acuña, siempre distinta, en moldes comunitarios y requiere de lo colectivo para ser ella misma y, especialmente, para ser cada vez mejor. Esta expansión da lugar a diversas manifestaciones religiosas y culturales, a la vez íntimas y compartidas. Integra la diferencia, armoniza, no segrega opciones ni crea ciudades perfectas. Tampoco construye desde arriba solamente sino que se va haciendo y reconoce las hechuras que se forjan desde abajo, justamente desde las expresiones culturales personales y comunitarias que forman en conjunto al Estado.

Un diálogo interrumpido

Conservar y acrecentar este legado filosófico vía la ciencia política y, a través de la política arte, no es poco. Afortunadamente existen algunas universidades que han asumido la tarea de reflexionar el mundo de hoy a partir de la filosofía clásica aristotélico-tomista (y sus seguidores hoy en día). Podemos citar por ejemplo la Iberoamericana, la Panamericana, la Anáhuac, La Salle, así como sus redes nacionales y otras tantas surgidas en el interior del país, en especial a partir de 1992 en que se reforma la Constitución en lo concerniente a las relaciones Iglesia-Estado.

teorías marxistas y materialistas en sus programas de estudio. Como contraparte, entre las pocas universidades privadas, algunas de ellas asumieron el título de tecnológicos, donde las humanidades quedaron marginadas o reducidas, en otras más como en las “escuelas libres”, se pospusieron apoyos para el área de ciencias políticas y se enfocaron a desarrollar carreras administrativas.

Así, la construcción de México desde las universidades y los tecnológicos privados ofrecía un punto de vista liberal, a tono con el marco ideológico de la guerra fría. En estas instituciones, el



No obstante, en la práctica por razones históricas estructurales, a mediados del siglo pasado sólo unas cuantas se enfocaron a integrar este acervo filosófico con la ciencia y la práctica política en sentido amplio. Ya desde que Rafael Preciado Hernández y otros pensadores humanistas cristianos ejercían la cátedra, el contexto político de México dificultaba la vinculación de la vida política con la reflexión filosófica y específicamente con la filosofía humanista cristiana. El régimen de simulación posrevolucionario impedía ligar ambas esferas y con ello generaba espacios vacíos, confusiones y corrupciones en toda la cultura política (por ejemplo, la práctica del régimen democrático).

De este modo, hacia los años cuarenta las universidades públicas se dedicaron a promover una filosofía política legitimadora del régimen antidemocrático y albergaron, primero marginalmente y más tarde de manera masiva,

punto de partida era la economía, ya fuera a partir de las empresas particulares o de las finanzas públicas. La economía y no la política era la divisa que valoraba el conocimiento, así como el canal de comunicación con otras artes y ciencias.

Sólo hasta hace unas décadas, las universidades y los tecnológicos privados reasumieron el área de ciencias políticas como proyecto importante, aunque con un enfoque complementario del resto de la currícula, no como eje ordenador del estudio sobre el Estado mexicano. Algunas incluso aún no lo hacen, como La Salle o la Panamericana, y otras como la Anáhuac, el IPADE o el sistema ITESM, apenas empiezan a dar frutos de recientes implementaciones curriculares, pero están lejos aún de marcar pautas como lo hacen para las materias de gestión empresarial. También, con el paso del tiempo, ciertas universidades públicas del interior del país, emprendieron programas de administra-

ción pública alejándose de la teoría marxista, pero la mayoría de ellas se siguen enfocando a enseñar el estado actual de cosas sin ofrecer marcos críticos o alternativos para la mejora posible del campo burocrático.

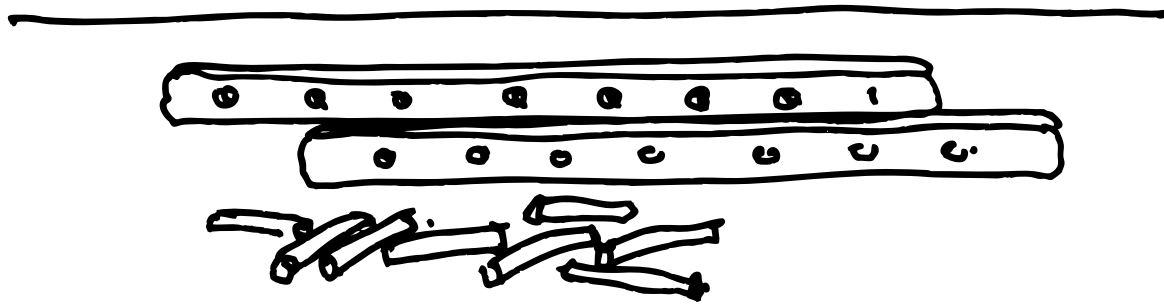
Así, la Fundación Preciado se encuentra con pocos interlocutores provistos de una visión del humanismo político propiamente dicho, aunque afortunadamente alterna con una riqueza de instituciones y de posiciones científicas diversas, la mayoría de ellas con la ventaja de estar abiertas a las novedades científicas ocurridas en Europa y Norteamérica.

¿Qué hacer?

No obstante lo anterior, algunos programas de filosofía en la Iberoamericana y la Panamericana han servido de base para muchos políticos humanistas que recientemente han arribado a los tres órdenes de gobierno, con ello la matriz humanista

Así, salvo en unas cuantas universidades (como la de Vasco de Quiroga en Morelia), los políticos que se definen a sí mismos como humanistas deben completar una formación integral en diversas instituciones del país y del extranjero, principalmente en España por razones histórico-culturales. De Italia, Francia, Inglaterra, Portugal y Alemania, a pesar de compartir con México algunas herencias y también recientes experiencias culturales, hemos recibido poco porque poco las hemos consultado. De Norteamérica contamos con algunos intercambios, incluso al grado de importar modelos (el primero de ellos que los Estados Unidos era el modelo a seguir). Las actuales becas dirigidas a ciertas plazas y programas nos hacen albergar esperanzas de nuevas rutas en la construcción del bien común nacional.

En este diálogo de formación de nuevas generaciones de políticos, otras fuerzas se nos



se encuentra latente en programas y proyectos públicos, a la espera de ulteriores desarrollos. Igualmente, los *tecnológicos* aportaron visiones liberales en los ámbitos de la ciencia política y de las finanzas públicas. Al ITAM le debemos políticos humanistas de formación liberal anglosajona que contribuyeron a la modernización democrática. Desde ahí se pudieran dar pasos adelante para experimentos novedosos. Del ITAM y del ITESM han surgido un buen número de humanistas que ha intentado, con diversos resultados, avanzar en la modernización de la vida pública desde el gobierno. Pero en los dos casos citados ha faltado un diálogo institucional y sistemático entre la filosofía humanista, la ciencia política y las políticas públicas. Nada impide realizarlo.

han adelantado por décadas. Las razones son muchas y no hace falta enumerarlas. Lo importante es que los programas de becas disponibles y las iniciativas personales van en aumento, de modo que podemos esperar fructíferas innovaciones a mediano plazo si continuamos en esa dirección.

De este modo, una tarea de la Fundación Preciado es dialogar con las universidades y tecnológicos a fin de generar programas de estudios que combinen filosofía, ciencia y práctica política. Intentar una universidad propia para tal efecto, se llevaría mucho tiempo y recursos y, lo peor, perdería esfuerzos y avances notables de una cantidad de personas e instituciones ya

La Fundación Preciado tiene una labor modesta en su diseño aunque ingente en sus alcances: plantear la ética y las líneas del debate que acerque la política al resto de las ciencias en la construcción de un Estado solidario, de una democracia integral

establecidas, deseosas de dialogar con la clase política a sí misma calificada de humanista. La Fundación Preciado, en tanto ese diálogo se expanda y dé frutos a mediano plazo, deberá subsidiariamente ofrecer a los políticos humanistas seminarios que orienten su propia formación, en un proceso que de suyo es complejo, personal e inacabado.

¿Victoria cultural?

Por varios años hemos disfrutado de la fórmula que Carlos Castillo Peraza ofrecía en la alborada de la democratización política. Era y es cierto que los humanistas tuvieron razón al promover y procurar la democracia como forma de elección de autoridades y de resolución de controversias. Pero, no obstante que el proceso cultural llegó a la cima del Estado, es decir a las principales agencias gubernamentales, poderes legislativos y judiciales, la ola no penetró de igual forma en todos ellos, especialmente en el último, donde la democratización y la transparencia han ido más lentamente que en el ejecutivo y el legislativo. Pero, adicional a la clase política, la democratización está ausente de un sinnúmero de peldaños, regiones y espacios de la pirámide social mexicana.

La mayoría de los mexicanos sabemos votar y aquilatamos el valor del sufragio, pero una muy grande minoría aún percibe pocas ventajas del proceso. Desde mi ángulo crítico (el de la *democracia integral*), la democracia política, liberal o procedimental es realmente un logro inicial en el largo e inacabado trayecto de la construcción del bien común. La democracia social, cultural y económica deben acompañar a la política y tanto aquéllas como ésta se construyen en generaciones, a base de grandes relatos comunitarios, a partir de movimientos sociales que asumen un futuro cercano más próspero, el cual les permite tolerar condiciones actuales modestas o de plano ingratas. Una democracia sin contenidos, sin sustancia, apela sólo a quienes ya han logrado ciertos bienes y a quienes tienen acceso a las decisiones políticas, pero incluso a ellos les aburre y les hace añorar formas paternalistas de gobierno.

Por ello la victoria cultural se encuentra en su fase inicial. La democracia política fue *porvenir posible* pero ya no es suficiente. Hoy es necesario, con Carlos, dibujar otro porvenir posible que trascienda los ámbitos de la política partidista electoral. Y con Manuel Gómez Morin,

La victoria cultural se encuentra en su fase inicial. La democracia política fue porvenir posible pero ya no es suficiente. Hoy es necesario, con Carlos, dibujar otro porvenir posible que trascienda los ámbitos de la política partidista electoral

forjar las nuevas instituciones humanistas que sustituyan, sin derrumbar todo el edificio, las actuales estructuras de la casa nacional para hacerlas más solidarias y justas.

Ética humanista y nuevo porvenir posible

Por tal razón, la Fundación Preciado tiene una labor modesta en su diseño aunque ingente en sus alcances: plantear la ética y las líneas del debate que acerque la política al resto de las ciencias en la construcción de un Estado solidario, de una democracia integral. Ante tal reto, observo dos espejismos y una visión. Preveo una tarea hercúlea, un esfuerzo magnánimo, quizás tan amplio como el que reclamó la construcción de la democracia política.

El primer espejismo es el del diálogo pluralista sin definiciones filosóficas: sentarse a platicar con todos sin una definición clara del humanismo en el plano de las ciencias. Eso significaría caminar en innumerables círculos concéntricos porque no contaríamos con una carta de navegación, una meta ni una ética para dibujar nuestros anhelos. A esta vía la clasifico como la senda ultra-liberal. Otro espejismo es el definir un Estado perfecto a partir de un concilio reducido de humanistas. Ello nos arrojaría a una lógica centrípeta en apariencia autosuficiente, pero muy limitada, casi integrista en la práctica. Este camino sería el ultra-conservador. ¿Habrá una ruta moderada?

Frente a ambos espejismos, hace falta partir de los principios humanistas y avanzar criterios y lineamientos aplicables a las ciencias, es decir, descender de la filosofía y ensayar paradigmas científicos existentes. Y, una vez con ellos, atrevemos a practicar indicadores de evaluación de programas (públicos y de la sociedad organizada) así como de su ejercicio presupuestal.

Pongo un solo ejemplo: la familia. Si estamos de acuerdo en la funcionalidad del principio y del paradigma que nos ofrece la familia como primera comunidad socio-política de mayor relevancia en México, deberíamos preguntarnos si la cobertura social de las políticas respectivas, apoyan a la familia, o se dirigen a individuos (que nunca se encuentran) aislados en la vida cotidiana. Podríamos revisar los presupuestos en cada uno de los tres poderes y órdenes gubernamentales para identificar si tienen como objetivo y como marco evaluador a la familia o a grandes corporaciones formadas por millones de asociados. Valdría la pena facultar legalmente a las contralorías de los programas gubernamentales, por citar algunos a aquellos focalizados en la transferencia de recursos o en la formación de capital, para percatarnos si sus esfuerzos fortalecen empresas familiares, familias mexicanas o solamente derechohabientes. Quizá sea pertinente un Índice de Desarrollo Familiar (IDF) y no únicamente un IDH.

La familia es un ejemplo de cómo nuestra filosofía humanista, compartida por todos, no se aplica en la vida cotidiana de la política ni de los políticos. Baste recordar que el PAN propuso no hace mucho reconstruir la administración pública para crear la Secretaría de la Familia. Hace ocho años quizá hubiéramos caído en un voluntarismo populista, hoy tal vez aún no estamos ciertos de su aplicabilidad. No hay manera de saber lo anterior excepto llevándolo a la práctica. Al igual que la democracia política, la cultura política humanista se construye poco a poco, en paz y mediante el diálogo ético con los demás. Es un porvenir posible que podemos hoy avizorar, es una etapa más de nuestra, ya legendaria, brega de eternidad. **B**